

**EL MUNDO NO ES UNA MERCANCÍA.
LOS CAMPESINOS CONTRA
LA MERCANTILIZACIÓN DEL MUNDO**



ADOLFO ÁLVAREZ M.



Departamento de Producción Agrícola y Animal, Universidad Autónoma Metropolitana, México
adrsa@prodigy.net.mx



Bové José y Dufour François, 2000. *Le monde n'est pas une marchandise. Des paysans contre la malbouffe* (El mundo no es una mercancía. Los campesinos contra la mercantilización del mundo) La Découverte, París, 239 pp.

Se trata de un libro que contiene una reflexión fundamental para el desarrollo agrícola y alimentario e, incluso, para el desarrollo social en general. Es el resultado de una serie de entrevistas dirigidas por un periodista especializado en temas agrícolas y rurales, Gilles Luneau y dos campesinos franceses, J. Bové y Dufour, líderes de una organización que tradicionalmente ha propugnado por una política agrícola y europea alternativa, la Confederation Paysanne (Confederación Campesina). El rigor y vigor de sus análisis no deja de sorprender, lo que se puede comprender a la luz de 30 años de lucha en diferentes frentes, y que en los últimos años ha trascendido al ámbito global, sea a Seattle en 1999 (Reunión de la Organización Mundial de Comercio) y muy recientemente en el Foro Social Mundial, en Porto Alegre, Brasil, entre otros.

Es un libro escrito en francés, que debería ser traducido al castellano en un período muy breve, dada la calidad y profundidad de los temas abordados, pero sobre todo, por el compromiso con una vía de desarrollo donde la sociedad, la naturaleza, la identidad cultural y la solidaridad son los componentes principales. Además de que las críticas y propuestas

planteadas rebasan de lejos el ámbito francés y pueden servir de referencia en muchas sociedades, incluida por supuesto la mexicana, donde existen voces (quizá aisladas) que defienden una línea de pensamiento y acción similar. De hecho, los dos agricultores y sobre todo José Bové han sido protagonistas en la decidida oposición social a las políticas recomendadas por los principales organismos internacionales, Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial y Organización Mundial de Comercio (OMC) que someten a la agricultura de todo el mundo, pero sobre todo a las de los países subdesarrollados, a situaciones de dependencia, penuria y a atentar seriamente contra el medio ambiente, al verse forzadas a adoptar lo que nuestros personajes definen como un modelo productivista. Sobre todo porque este modelo exhibe innovaciones tecnológicas que agudizan sus efectos negativos, como la inclusión de los Organismos Genéticamente Modificados (OGM), que pueden provocar consecuencias insospechadas aún no evaluadas (al menos no oficialmente), como esta ocurriendo en la actualidad con el problema de las vacas locas.

El libro se organiza en tres partes principales, en la primera se relatan los principios y los mecanismos de lucha de los dos campesinos, a lo largo de los últimos treinta años. En la segunda, se exponen las nefastas consecuencias del productivismo en la agricultura europea y mundial y, en la tercera, se delimitan los principios para adoptar un modelo de desarrollo alternativo que apunte a un genuino desarrollo sustentable.

Ellos parten de considerar que la voz de los agricultores y de la sociedad civil, así como una prioridad al cuidado del medio ambiente son ingredientes indispensables para combatir un desarrollo basado en un modelo productivista, devastador del entramado de las sociedades rurales y del medio ambiente. Este modelo, argumentan, rinde tributo a los designios de las empresas transnacionales (ETN), a su vez regidas por la máxima ganancia en el menor tiempo posible y que se han especializado en ofrecer comida de mala calidad (chatarra) a los consumidores, siendo uno de los ejemplos más notables el de McDonald's, de todos conocido. Ello deriva y refuerza a la vez un proceso de globalización descontrolada, del que se benefician algunos de los países más poderosos económicamente del planeta.

La fama mundial de José Bové inicia en agosto de 1999 cuando fue hecho prisionero, junto con otros cuatro colegas, después de haber desmontado partes de la construcción de un McDonald's en Millau (región del Aveyron, en el sur de Francia), para protestar contra la medida de Estados Unidos de sancionar las importaciones de queso Roquefort francés, ante el rechazo de la Unión Europea de importar carne de bovinos con hormonas. En esta manifestación, convocada por ganaderos de borregos, coincidieron un gran número de consumidores y ecologistas. La difusión casi mundial de este hecho, fue paradójicamente posible gracias a uno de los vectores de la globalización, es decir la comunicación electrónica y su impacto mediático que refleja un hartazgo de los consumidores –sobre todo europeos, pero no sólo- de disponer de comida de calidad dudosa, producto de vacas locas, dioxinas en aves belgas, agua con nitratos, organismos genéticamente modificados (OGM), listeria y metales pesados, entre otros símbolos de un modelo agrícola intensivo, productivista, ajeno a las tradiciones y a la sociedad rurales, al medio ambiente y a la obtención de productos sanos y adecuados a la alimentación de los consumidores. En ese sentido,

esta lucha retoma varias significaciones especiales; el enfrentamiento de campesinos contra una transnacional, lo tradicional y sano contra lo moderno y de mala calidad y, por primera vez, una asociación de campesinos, consumidores y ecologistas para hacer frente a un modelo de desarrollo que desapruaban categóricamente.

En noviembre de 1999 en Seattle, José Bové y Francois Dufour, con sus camaradas de la Confédération Paysanne convencieron a muchos agricultores y consumidores americanos, que su posición no era anti-Estados Unidos, sino que rechazaban el productivismo agrícola, la inseguridad en la calidad de los alimentos y la desigualdad en los intercambios internacionales. En ese mismo escenario lanzan un llamado contra los OMG y otro para la constitución de un organismo de control democrático (contra-poder ciudadano) de la OMC, que también dieron la vuelta al mundo y empiezan a dar sus primeros resultados, como se constató en el encuentro de Porto Alegre, a fines de enero del 2001.

Destaca, en el tercer capítulo, la presentación de los dos personajes centrales del libro, Francois Dufour como un antiguo practicante de la ganadería intensiva y transformado a la producción biológica, para producir leche en Normandía, en el noroeste francés. José Bové participa en una cooperativa de producción, en el sur de Francia, para obtener leche de borrega, bajo sistema extensivo, destinada a la elaboración de queso roquefort. Los dos destacaron como líderes campesinos en diferentes frentes, sobre todo, después del famoso mayo de 1968 y coinciden en la Confederation Payssanne desde 1987.

En el capítulo cuatro se precisa el término de *malbouffe* (comida de mala calidad o comida chatarra), a partir de lo que cuestionan el desarrollo agrícola y alimentario dominante. En ese sentido afirman que dicho término representa "una agricultura que ha racionalizado su desarrollo en detrimento del gusto, de la seguridad alimentaria y de la identidad cultural y territorial de productos (...); la consecuencia de los métodos de producción desnaturalizan la misión del campesino, que es de producir y alimentar (...)". Por ello, prosiguen los autores, "McDonald's simboliza la globalización anónima, vacía de sentido de la alimentación". (pp. 78-79). Por tanto denuncian la inserción dependiente de la agricultura francesa

(qué se podría decir de la mexicana), que pasa por productos importados (maíz y soya, por ejemplo, para la ganadería), mecanización, apoyos públicos masivos, créditos, etc., pensados para un modelo productivista, que especializa procesos y regiones, pero que desprecia el conocimiento y las características locales.

Denuncian enérgicamente el aumento desmedido de los riesgos alimentarios que provoca el modelo agrícola y alimentario en boga, además de las medidas derivadas del neoliberalismo a ultranza, sobre todo en el caso inglés, en donde en aras de ser competitivo, no se respetaron normas básicas como la cocción de las harinas animales, provocando con ello que la epidemia de la encefalopatía espongiforme bovina (EEB), o mal de las vacas locas, se extendieran y se mantenga sin control, como se ha revelado en estos últimos meses en diferentes países de Europa Occidental. Esto los lleva a concluir que "las reglas del libre comercio no admiten los principios de precaución, ni las consideraciones sociales y, menos aún, las ecológicas. Es la ley del mercado, asistido por la ciencia, contra los hombres y los territorios" (p. 113).

Su lucha decidida contra los OGM y los alimentos Frankenstein (que contienen OMG) también ha sido ampliamente difundida, desde enero 1998, cuando destruyeron un almacén de maíz transgénico, propiedad de Novartis, en Nérac, al sur de Francia, y en enero del 2001 en Porto Alegre, donde José Bové participó en la destrucción de un plantío de transgénicos en la localidad de Nan Me Tôque, de la empresa Monsanto. Al respecto sostienen que los OMG no son necesarias en un sentido estricto, pues no están diseñados para combatir la desnutrición, ni el hambre en el mundo, ni siquiera para mejorar la distribución de los alimentos, sino para generar mayores beneficios a las empresas transnacionales que las producen. En concreto sostienen que sirven para medio arreglar y muy peligrosamente los problemas del productivismo y, que la manipulación de genes esta enfocada a que estas empresas se apropien de todas las plantas y alimentos modificados, que después reproducirán ellas mismas, en exclusividad. Esto significa apropiarse de un bien de la sociedad, para explotarse de manera privada y con ganancias extraordinarias, para unos cuantos. El hecho de que un organismo vivo o una parte de él pueda ser patentado por una empresa –sin importar su orígenes una de las más grandes fechorías del siglo.

Ejemplifican: existen 140,000 variedades de arroz en Asia, adaptadas a diferentes ecosistemas, de las cuales las ETN han modificado cinco, imponiendo un modelo intensivo; esas cinco variedades ocupan entre el 60 y 70% de las tierras sembradas con arroz en esas latitudes (¿se podría decir algo muy diferente del maíz en México?).

En el mismo sentido atacan a los Estados (incluidos los de los países desarrollados) por blandos ante las estrategias de dichas ETN, al no demandar una normatividad estricta y las pruebas suficientes para evitar riesgos de contaminación, que en un momento dado pueden quedar fuera de todo control. Agregan otra injusticia evidente, la mayor reserva genética del planeta se encuentra en los países del sur, pero son los países ricos que poseen las técnicas y los conocimientos para la manipulación y la apropiación de los organismos vivos. Igualmente formulan una dura crítica a los sistemas de investigación públicos, que progresivamente están al servicio de las ETN, y de la actitud acrítica de los investigadores, quienes "están formados para no integrar los aspectos económicos, sociales y, sobre todo, filosóficos de su trabajo. Ellos están en cierta forma aculturados" (p. 129).

Por otra parte, subrayan el efecto perverso de las políticas agrícolas y, en especial de los subsidios que brindan las grandes potencias del mundo, que agravan la especulación en los intercambios internacionales, impidiendo a los países subdesarrollados organizar sus estrategias de autosuficiencia alimentaria. Sostienen que "los agricultores de los países desarrollados son libres para ganar y eliminar a su vecino, pero protegidos para no perder" (p. 145). En ese sentido, resaltan que la ahora Unión Europea (UE) alcanzó la autosuficiencia alimentaria desde fines de los años 1970, para lo cual se diseñó un dispositivo institucional y políticas agroalimentarias específicas, las que no se han modificado desde entonces y han llevado a la UE a una sobreproducción crónica y a influir decididamente en el desquiciamiento del comercio mundial en estos rubros. Proponen que la política agrícola europea se reoriente para satisfacer sus necesidades internas, eliminando la sobreproducción, lo que conlleva una estrategia de desintensificación y una redistribución regional de la producción. Para ello se deben estimular los proyectos que no contaminen y de dimensiones pequeñas, lo que perciben como difícil pero posible, pues se tienen casi cuarenta años de una

agricultura productivista y altamente contaminante, que ejemplifican ampliamente con las ganaderías intensivas, en especial, la porcícola. Para ello opinan que se requiere una férrea voluntad política y una fuerte presión de toda la sociedad, sobre todo, de las propias organizaciones campesinas.

Uno de los principales aportes del libro proviene de las múltiples propuestas formuladas contra las diferentes problemáticas reseñadas y que, insisten, requieren de una urgente acción colectiva y organizada. Resalta su convicción de que para modificar la función de la agricultura y de la alimentación, es preciso iniciar acciones en el ámbito de toda la sociedad y a escala global, donde la creación de redes solidarias sea uno de los puntales. En ese marco proponen revalorizar el papel del agricultor, para asegurar que además de suministrar alimentos y materias primas adecuadas y sanas, funja como guardián de la biodiversidad, del territorio y de la identidad de las regiones, así como contribuyendo al mantenimiento del empleo. Ello debe suponer una remuneración adecuada en función de su acción productiva (para evitar el concepto peligroso de campesino-jardinero), que le permita vivir en armonía con su entorno. En ese sentido la multifuncionalidad del campesino se traduce en el principal eslogan de Confédération Paysanne, que es producir, emplear, preservar.

Aunque esta orientación ha sensibilizado a los políticos franceses y europeos, aún predominan los subsidios para la agricultura productivista; en cambio la opción de la agricultura alternativa es facultativa, lo que se refleja en una estrategia a todas luces insuficiente, pues un agricultor con prácticas ecologistas se va a ver contaminado por los vecinos que descargan una gran cantidad de contaminantes. Para subsanar esto, proponen que los subsidios se den por trabajador agrícola (y no por volumen de producción) y por la calidad del producto en cada unidad productiva. A esto se agrega una repartición de la producción entre regiones e, incluso, entre países, para planificar el aprovechamiento de los recursos disponibles. En ese marco regional, es posible reconstruir relaciones directas entre agricultores y consumidores, basados en productos que contengan diversidad, identidad local y calidad. Ello apunta a otra de sus principales reivindicaciones, es decir, una repartición justa de la tierra, ya no bajo el principio de la "tierra para el que la trabaja", sino la tierra para el uso colectivo de los habitantes de un

territorio. Esto supone que es la colectividad que decide el uso del suelo (¿no es este uno de los principios de la agricultura indígena en México?).

Nuestros dos personajes aseguran que sus propuestas son el resultado de diferentes luchas, de su resistencia al productivismo y de pruebas concretas de su viabilidad en el plano agronómico y económico. El sistema que defienden es coherente, pero exige políticas agrícolas diferentes para ejercer y vivir de la profesión de campesino. Dicen que la agricultura campesina que defienden es como una "margarita, donde cada pétalo representa el status campesino, el ingreso, la repartición del trabajo, la calidad de los productos, el respeto al medio ambiente y las relaciones equitativas entre norte y sur. Todos estos pétalos son indisociables. Esto mas que un modelo es una propuesta, una filosofía diferente de lo que significa ser campesino, donde caben muchas iniciativas y modalidades de desarrollar las actividades agrícolas" (p. 178) (quizá algo equivalente al mundo donde quepan muchos mundos de los zapatistas en México). Retan a los incrédulos a discutir su propuesta, modificando un dicho popular, "ídime cuál es tu agricultura y te diré en que sociedad vives!" (p. 170).

Por supuesto su propuesta lleva a una acción global, o por lo menos a lo que ellos denominan un mundo ciudadano (¿o ciudadanizado?), para combatir la globalización marcada por la voluntad de los liberales de poder disponer del planeta como un vasto dominio comercial, sin reglas, sin marco de acción, donde se permita intercambiar mercancías sin límites y sin referencia a una dimensión social, territorial o ética. (¿Los discursos de Davos, Suiza, nos recuerdan algo al respecto?). Así, a la visión que deja al mercado la organización de la sociedad, integrando educación, salud, cultura, etc. y teniendo como meta última, la mercantilización de los organismos vivos, oponen otra donde los ciudadanos, las instituciones, el espacio de vida, el medio ambiente y la cultura controlen al mercado. Esto equivale a impedir que los dueños del 5% de los productos agrícolas mundiales (que es lo que se comercializa internacionalmente) controlen el 95% que se intercambia en las fronteras nacionales.

Otras propuestas significativas se resumen en 1) el derecho de los pueblos a alimentarse ellos mismos y a elegir democráticamente su tipo de agricultura, 2) la búsqueda de un comercio equitativo debería.

regir los intercambios comerciales, lo que significa combatir los grandes oligopolios que funcionan en la industria alimentaria mundial; limitar subsidios a la exportación y permitir las limitaciones a las importaciones que desestabilizan los mercados internos; 3) respetar la naturaleza; 4) asegurar la calidad gustativa y sanitaria de los productos 5) mantener la variedad de vegetales y animales en el mundo; 6) razonar en el largo plazo y de manera global.

En concreto, "la soberanía alimentaria, la valorización del campesinado, el rechazo a los OGM, la recuperación de la biodiversidad, la ocupación del territorio, la diversidad cultural, la protección del medio ambiente, la lucha contra las ETN.." (p. 214) son algunas de sus reivindicaciones centrales, que hacen de la agricultura una cuestión central. De hecho confirman, "la agricultura es la actividad más compartida del mundo y ella se está convirtiendo en el eje principal de protestas y en una referencia de la resistencia a nivel internacional" (p. 215). Confían en que éstos principios tendrán mucho eco en el ámbito global, como lo demuestran las respuestas masivas encontradas en Seattle, Marsella, Porto Ale-

gre y las que vienen, que muestran que las sociedades civiles están vivas y creciendo, como en diferentes frentes se ha mostrado en México, aunque todavía parece el inicio de una larga marcha libertaria y humanista.

Esta crítica y propuesta vigorosa es sin duda utópica, pero ¿es que nuestras posibilidades de desarrollo genuino no lo requieren?. Esta vía campesina también requiere acciones locales pensadas globalmente (¿y viceversa?), donde la prioridad sea la sociedad, sobre todo los grupos más vulnerables. Muy probablemente ello nos implique, en el caso mexicano, estar más atentos a los saberes y formas de organización indígenas, tan despreciados hasta la fecha y que muy probablemente son fuentes de propuestas compatibles con las contenidas en el libro revisado, siempre y cuando estemos dispuestos a descubrirlas. Consideramos que al menos estas alternativas nos llevarán a cuestionarnos y a privilegiar un debate amplio e incluyente, que permita replantear a fondo un desarrollo agrícola y alimentario que cada vez se revela más vulnerable y excluyente.